

B O L E T I N
DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XIII

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

Iñigo de Loyola y el moro de Pedrola

Por JOAQUIN SARRALLE

Escenas pintorescas no faltan en la vida de Loyola, sobre todo inmediatamente después de su conversión. Su existencia en esos días de aguda crisis religiosa, con la nueva postura que adopta ante la sociedad y el mundo, casi es de novela. Su situación histórica general, en el cruce de dos edades, participa asimismo de aspectos interesantes; pues si por una parte es medieval, impregnada de ambiente caballeresco, por otra toca la edad moderna, para en ella y en medio de sus corrientes ideológicas, culturales y aun artísticas, ser figura cumbre.

Loyola, como decimos, abunda en peripecias animadas, pero de todas ellas, la más pintoresca y dramática, la que ha hecho brotar literatura más chispeante, por ejemplo de las plumas de Castelar y Unamuno —anteriormente, en el siglo XVII, de la de Calderón mismo—, es esta del morisco. El pasaje se presta efectivamente a ello. En su simplicidad dramática y en sus fervores agresivos tiene rasgos bastante picantes para que los recién nombrados se hayan podido meter con él y caricaturizarlo cruelmente.

Vayan unos prenotandos sobre este lance no matonesco como se ha supuesto, sino cien por cien caballeresco, si se quiere ingenuamente caballeresco, que por otra parte discurre al dictado de

una Sura o Azora del Corán, por lo que todavía está sin reconstruirse en varios de sus extremos, y sin valorarse consiguientemente.

* * *

Iñigo, recién convertido al Señor en su casa solariega, va de camino. Monta mula y viste el traje de los caballeros de su tiempo ese que tantas veces hemos visto en los personajes de los últimos años de Fernando el Católico: Jubón de terciopelo bajo una capa corta; calzón bombacho hasta las rodillas, zapatos altos y muy ajustados, espada y puñal al cinto, y una cabellera —rubia en Iñigo— que se recorta a la walona en la frente para caer suelta atrás hasta los hombros, y sobre la que luce gorra de raso rojo graciosamente tocada de un airón. Edad, unos treinta años. Así le tenemos pintado en una bella vidriera de la Santa Casa de Loyola.

Se ha despedido de su hermano mayor y de sus familiares de Loyola. Con su hermano Pedro, sacerdote, ha visitado el santuario de Aránzazu donde, según se cree, se ha consagrado al Señor con el voto de castidad. Ha cumplimentado luego en Navarrete a su señor el duque de Nájera, si no en persona, en sus familiares y palacios, rindiéndoles los últimos respetos y recibiendo de ellos una cantidad que le debían, la que en seguida pasó a reparar o concertar una imagen de la Virgen que estaba poco concertada. Y desde Navarrete, a dos leguas arriba de Logroño, despedidos los dos criados que hasta aquí le acompañaban, enfila por el valle del Ebro siguiendo el curso descendente de este río, camino del santuario de Montserrat.

Son los primeros días del mes de marzo del año de gracia de 1522; el momento en que esta porción de la Rioja y baja Navarra con los pueblos de Alcanadre, Calahorra, Alfaro, Tudela, parece un jardín entre sus innumerables frutales en flor. Iñigo, desprendido de todos los lazos de la carne y la sangre, lejos de cuantos le conocen, sin molestos testigos, practica las disciplinas y penitencias que inició al salir de casa, abandonándose a sus ansias e ilusiones de santidad, con la vista en un futuro que no sabrá aún él definir ni siquiera en sus delineaciones más generales, pero que, con tesón inusitado, lo irá labrando día por día, hasta hacerlo suyo, increíblemente suyo, con imposición de su personalidad en el teatro de la Europa renaciente y del mundo católico.

Para eso lleva consigo los apuntes espirituales que fué redactando en su retiro de Loyola.

En este camino ribereño, a orillas del hermoso río, en punto que no se nombra fuera de decirnos o indicarnos Rivadeneira estar en Aragón, pero que se nos describe en su peculiar topografía, acaso mejor, en la conjunción de sus caminos y en la proximidad de un pueblo, el del morisco, a dicha conjunción, y que para Leturia parece ser Pedrola, seis leguas antes de llegar a Zaragoza, ocurre el episodio que nos relata el Santo en su Autobiografía. Hagamos la composición de lugar:

Pasado Tudela, margen derecha del Ebro, con su altivo castillo y obras militares en ruinas, según nos cuenta, impresionado, un viajero de aquellos mismos días de marzo de 1522, la vista del peregrino podía explayarse por la anchurosa vega, flanqueada a distancia por el Moncayo a la derecha y los montes de Sancho Abarca a la izquierda, delatándose siempre a esta última mano el curso del río por el arbolado que crece en sus márgenes, todavía sin verdor. Campos de cultivo de cereales, forrajeras, bastante lino, algunos olivos y viñedos, y aquí y allí rebaños de ganado lanar es cuanto se ve. Llegando a Mallén por donde iba entonces —y va ahora— el camino real, según nos dicen los viajes de Adriano VI y Carlos V por estas mismas fechas que historiamos (1) cambia poco el paisaje. Continúa a la derecha la estribación del Moncayo, cada vez más baja, mientras que a la izquierda se divisa el corte de la huerta de Tauste que señala el fin de los montes de Sancho Abarca, para, tras el corte dicho, iniciarse la línea de los montes de Pola que también delimitan al norte el horizonte. Nuestro peregrino, que ha dejado atrás, además de Mallén, Luceni, Boquiñeni, se va acercando al poblado de Pedrola, que ha de quedar inmortalizado en su palacio ducal y en su ínsula Barataria por la pluma de Cervantes. Pedrola, situada en la antigua calzada romana, llama por eso con el nombre de Palacio Bonavía a su mejor edificio. Su iglesia, de torre mudéjar, con la cigüeña en el nicho, y su castillo, hoy desaparecido, están ya a la vista de Iñigo, quien por cierto, se acerca acompañado de otro viandante con atuendo morisco y con el que discute acaloradamente. A la iz-

(1) Estos viajes, a los que varias veces nos referimos, pueden verse, para el primero, en Blas Ortiz (*Itinerarium Hadriani Sexti*, traducción y notas por Ign. M. Sagarna, Vitoria, 1950, p. 62-73), y para el segundo, en Manuel de Foronda (*Estancias y Viajes de Carlos V*, p. 158-9).

quierda del camino, el pueblo se divide en dos partes, una que se congrega piadosa en torno a la iglesia, y otra, llamada barrio del cabezo, que pudiera ser el lugar de la lucida morería de que habla el itinerario de Hadriano VI, que pasará por allí diez días después, y al que los moros le harán con sus típicas danzas el agasajo del caso. ¿Iba efectivamente a este poblado el moro que nos va a ocupar ahora en el relato? Repito, que así lo cree Leturia. Desde luego le cuadra no mal algún detalle topográfico que nos da la Autobiografía, v.gr. la distancia que le separa de unos cuarenta pasos de la carretera, detalle que no se repite en los demás pueblos del camino. Para nosotros, ahora, puestos a dar el valor de la escena más que el del escenario, importa ello secundariamente, aunque nos parezca aceptable la sugerencia de Leturia y estemos hablando desde el epígrafe del moro de Pedrola. He aquí el episodio según nos relata el Santo en su Autobiografía:

15.—Pues yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar de Nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir, siendo virgen, no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dió el peregrino, no pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta prisa, que le perdió de vista, quedando pensando en lo que había pasado con el moro. Y en esto le vinieron unas mociones, que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar al moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando en el combate de estos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado a hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar, que estaba poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

16.—Y así después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que determinarse, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas, y que si no fuese

hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar. Y haciéndolo así como pensó, quiso nuestro Señor, que aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa (2).

Este es el relato por demás itinerárico, quiero decir, en función del camino, con detalles minuciosos respecto a la conformación de las vías, de su clase real o no real, de su anchura y bondad, de su bifurcación a treinta o cuarenta pasos del poblado, con un moro que monta precisamente un mulo —Iñigo iba montado en mula—, mulo que sabe andar bien a prisa, y con un argumento o tema de conversación desusado en ventas y carreteras. Nuestros dos caminantes discuten misterios de la religión; concretamente, la virginidad de Nuestra Señora, no antes o después del parto, sino en el parto; “mas el parir, siendo virgen, no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían”. Cada uno de estos minuciosos detalles ha de tener, lo vamos a ver, alteraciones considerables por parte de autores profanos y del propio Rivadeneira. Y alguno ha de ser objeto de desfiguración sustancial. Ya llegaremos a su examen.

Ahora, por de pronto, veamos en Cervantes a otro insigne caballero que resuelve las perplejidades de un cruce de caminos soltando igualmente las riendas al animal y dejándose guiar por él, porque dicho pasaje nos ayuda a valorar el nuestro, a encuadrarlo dentro de la vida caballeresca a que por sus cuatro costados pertenece, y de la que nunca debió habersele sacado. La sombra del inmortal libro de Cervantes debe proteger en tan discutida conducta a Loyola, mientras el profeta Mahoma con el Corán ilumina ténuemente los contornos de su retrato.

Apenas armado caballero D. Quijote, con la escena tan divertida de la venta que se le antojó a él castillo, y de sus mozas que tomó él por doncellas, y tras las varias peripecias que luego de salir de la venta tienen lugar, nos cuenta Cervantes en el c. IV:

En esto llegó [D. Quijote] a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál de los caminos tomarían; y por mirarlos, estuvo un rato que-

(2) **Obras completas de S. Ignacio**, I (Bibl. Autores Cristianos), por V. Larrañaga, p. 147-8.

do, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fué irse camino de su caballería.

El paralelo es curioso. Idéntico hacer girar la escena en torno a la bifurcación de los caminos, el cuadrivio en un caso y el trivio en el otro. Idéntico quedarse pensando por dónde echar a andar. Idéntico soltar las riendas a la cabalgadura para que dictara el camino a seguir. Parece insinuar Cervantes, que estuviera prescrito a los caballeros el quedarse pensativos en las encrucijadas, que para el simple pueblo cristiano fueron ya siempre sitios de especial atención y solían por lo mismo estar señaladas con cruces. No he podido averiguar el punto en los preceptos de la Orden, aunque he encontrado algo que se le parece y de que después se hará mérito. Todo lo cual nos tiene que hacer pensar desde ahora, que en la conducta a prima vista tan temeraria de dejar la decisión a merced de la cabalgadura, se trata de algo más que de una genialidad fanática. A Unamuno, que veremos fustigar el pasaje loyoleo, precisamente en su "Vida de D. Quijote y Sancho", le hubiéramos agradecido que hubiera sabido relacionarlo mejor con el similar de Cervantes, acabado de evocar por nosotros. De haberlo hecho así, no hubiera dejado tan suelta la pluma y se hubiera evitado salidas de tono.

* * *

Estamos pues ante un lance regulado en parte por leyes o hábitos de caballería. Pero empecemos ya su examen de totalidad.

El primer biógrafo de S. Ignacio, el celebrado humanista Pedro Rivadeneira, fué el primero en desfigurar el episodio en diversidad de puntos. Es decir, que la primera presentación al gran público de la disputa con el moro, ya que Rivadeneira fué el primer biógrafo del Santo y la Vida que él escribió sirvió de pauta a las venideras, vino a ser bastante desorientadora en el pasaje eludido. Iremos notando las alteraciones varias.

Rivadeneira, como se sabe, dependía en el punto que examinamos del relato del P. González Cámara, a quien dictó sus notas autobiográficas S. Ignacio. Rivadeneira las puso en magnífico castellano, adornándolas de retórica, y completándolas en algún pormenor. Por ejemplo, supone el ilustre toledano que el moro cor:

cuien se tropezó Loyola era de los que quedaban en los reinos de Valencia y Aragón, lo que es alguna particularización, siquiera sea barata, pues es situarnos una vez más en el camino que de Navarrete iba a Montserrat, y declarar que el episodio ocurría dentro de los límites de la región aragonesa o si se quiere del reino de Aragón. Pero se pone a puntualizar el tema debatido por los dos viajeros, y de forma suave e insinuante, tal que serán pocos los que lo adviertan, lo desfigure notablemente. Traslada la disputa de la virginidad en el parto a después del parto, punto que para lo que luego vamos a indicar, es de capital importancia. Oigámosle:

Y viniendo a tratar [los dos caminantes] de la virginidad de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, concedía el moro que esta bienaventurada Señora había sido virgen antes del parto y en el parto, porque así convenía a la grandeza y majestad de su Hijo; pero decía, que no había sido después del parto, y traía razones falsas y aparentes para probarlo, las cuales deshacía nuestro Ignacio... (3)

Rivadeneira pone en labios del morisco la sentencia que supone que la Virgen tuvo otros hijos, v.gr. los hermanos de Jesús de que habla el Evangelio. La Autobiografía que no leyó bien Rivadeneira, se conforma en cambio con la mentalidad de un moro que ha leído demasiado bien el Corán, y se refiere al fenómeno del parto con la pérdida de la integridad corporal y los dolores consiguientes: "mas, el parir siendo virgen, no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se ofrecían". Como la Autobiografía es indiscutiblemente la primera autoridad, haremos según ella las consideraciones del caso.

* * *

El moro, por ser moro, hubo de decir precisamente lo que nos dice la Autobiografía. Por boca de este moro, musulmán ortodoxo, habla Mahoma afirmando terminantemente que la Virgen fué, sí, virgen en la concepción y antes del parto, pero, no, en el parto. En tal supuesto, era difícil que Iñigo pudiera reducir a su contrincante, pues suponía ello renunciar un mahometano a tener por sagrado el Corán, lo que es bastante problemático. Se com-

(3) **Vida del B. P. Ignacio de Loyola**, c. 3.

prende que la discusión fuera lo que fué, encastillados uno y otro en lo más santo de sus respectivas religiones, diciendo el cristiano lo que tenía la Iglesia y el moro lo que decía el Profeta. ¿Solución? Todo lo más, a golpes de lanza. Después veremos otra mayor luz que adviene por otro lado al diálogo que trabaron los dos viandantes.

En el capítulo que dedica el Corán a la Virgen, Madre de Jesús, con el título de *María* (Azora 19), y que según los buenos traductores (Cf. Marracio) es una mezcla o confusión lamentable de la María, hermana de Moisés y Aarón, y la Madre de Jesús —dos Marías que distan entre sí mil quinientos años y son tan distintas entre sí—, nos dice a propósito del misterio de la Anunciación y del Nacimiento:

17.—[El Espíritu] tomó ante ella forma de un hombre de figura perfecta [de San Gabriel].

18.—Ella le dijo: Yo busco cerca del Misericordioso un refugio contra ti. Si tú le temes...

19.—El respondió: Yo soy enviado de tu Señor, encargado de darte un hijo santo.

20.—Cómo, respondió ella, ¿tendré un hijo? Jamás hombre alguno se ha acercado a mí, y yo no soy mujer disoluta.

21.—El respondió: Ello será así; tu Señor ha dicho: Esto es fácil para mí. El será nuestra señal ante los hombres, y la prueba de nuestra misericordia. El decreto está pronunciado.

22.—Ella quedó en cinta del infante y se retiró a un lugar lejano.

23.—Los dolores del parto le sorprendieron cerca de un tronco de palmera. ¡Plegue a Dios, gritó ella, que yo hubiese muerto antes, y que yo fuese olvidada de un olvido eterno!

24.—Alguno le gritó de debajo de ella: No te aflijas. Tu Señor ha hecho correr un arroyo a tus pies.

25.—Sacude el tronco de la palmera. Dátiles maduros caerán junto a ti.

26.—Come y bebe y refresca tus ojos; y si tú ves a un hombre... (4).

(4) **El Corán**, traducido por Vic. Ortiz de la Puebla. Barcelona, 1872. Por razones de un castellano más popular hemos preferido dicho Ortiz a J. Vernet en una última traducción del Corán, 1953.

Tenemos aquí dos cosas: El diálogo —supuesto nada más— que tiene lugar entre la Virgen y S. Gabriel, y parte del verdadero —no supuesto— diálogo que se cruzó entre nuestros dos caminantes, ribera del Ebro. Diálogo fielmente recuperado, porque responde con precisión a lo que nos cuenta la Autobiografía, y es lo que el moro que fuera buen moro tenía que estar diciendo.

Según esto, por la Autobiografía en unión con el Corán, se llega a una reconstrucción total o poco menos de la escena de Iñigo con el morisco en su parte doctrinal o conversacional. Si no tan extenso ni pintoresco como el cuadro que Böhmer reconstruyó con los diarios de Füssli y Hagen, compañeros de Iñigo en la peregrinación a Tierra Santa, y que se descubrieron —o se publicaron a menos— a los finales del siglo XIX, enriqueciendo la biografía de Loyola, tenemos aquí otro perfectamente recuperado en elementos ideológicos y conversacionales. Iñigo diría lo que con tanta justeza y gracia dicen los cristianos cuando explican el parto virginal, que salió Jesús del seno de la Virgen María como el rayo del sol por un cristal sin romperlo ni mancharlo. Imagen por demás expresiva y que es de rigor, creo, desde los tiempos patristicos en nuestras explicaciones del misterio. Pero el morisco, que convivía con los cristianos y sabía perfectamente su mentalidad al respecto, se atenía al trozo del Corán, a su libro sagrado, que, acabamos de verlo, habla de crueles dolores de parto con la pérdida consiguiente de la integridad del cuerpo de María en medio de un paisaje oriental alegrado por la esbelta copa de las palmeras. La Virgen fué tal sólo hasta dar a luz; que en este momento gritó y pidió la muerte a fuerza de sufrimientos. Corán y Evangelio se excluían, se rechazaban. Y uno y otro libro habían encontrado a los paladines de la santidad de su palabra: Iñigo de Loyola y el morisco que estamos llamando de Pedrola. Enzarzados en la contienda, no era fácil que se desenredaran. Como bien anota la Autobiografía, se mantenían indomables en sus opiniones. Esgrimía el uno el Evangelio con la explicación de la Iglesia y el otro su Corán.

No cabe duda que éste, el Corán, es el que prestó a la disputa el hilo del discurso y también buena parte de la dureza de que ella se resintió. Luchó pues Loyola no con un morisco de Aragón o Valencia que osaba poner mácula en la honra de su Señora, sino contra la mentalidad de la morisma entera, contra su fanatismo, su profeta y su libro sagrado. Y terminó el encuentro

como el conocido de Cervantes: en perfecto desacuerdo y las espadas en alto (5).

Hecha esta reconstrucción del hecho a la luz del Corán, pase-mos a otra no menos vital en torno al mismo episodio, la que haremos a la luz de los libros de caballería.

Estamos acostumbrados a tomar a risa cuanto a ésta concierne. Tiene todo aire de locura o manía a su alrededor. Es la impresión que ha dejado en el mundo la lectura del Quijote, ariete demolidor —siquiera fuese por medio de sutil ironía— de los cuentos de caballería. Tendría razón Cervantes en cuanto escribiera al respecto, sobre todo en un momento en que la profesión había perdido su razón de ser, y sus libros estaban poniendo enfermas o calenturientas cabezas de imaginativos lectores. Pero, evidentemente, al atacar el mal, quitó valor a episodios como el que estamos estudiando, dejándolos desvalorizados en la totalidad de

(5) Calderón, en la comedia "El gran Príncipe de Fez" —últimamente estudiado en los fundamentos históricos del personaje por C. G. Goldáraz, S. J.— da una versión a su modo del episodio de Iñigo con el moro, jornada 2, escenas 14, 15, 16. Forma parte decorativa de la pieza dramática. Supone Calderón que Iñigo y el morisco discuten la virginidad de María en su concepto o idea general, sin distinguir tiempos. Cita a Rivadeneira en su "Vida de S. Ignacio", y hace decir al moro:

Por más que tu voz diga
Que pudo virgen doncella
Sin detrimento y mancilla
Concebir de su pureza,
Y que, después de parida,
Permaneció virgen, yo
No he creído, pues implican
Virgen y madre...

A lo que Iñigo, presente en visión o fantasma a los diálogos del cuadro escénico, le responde:

No hace, si miras
Que el rayo del sol penetra
La vidriera cristalina,
Y, que pasando sus rayos
Luce, resplandece y brilla,
Quedándose la vidriera
Clara, pura, intacta y limpia.

El diálogo continúa por altas verdades de la economía de la Revelación, punto que se desvía de nuestro argumento. Más tarde vuelve a él y ya se hará mención de lo que nos dice.

su ser, como que hay que remontarse a tiempos pasados para saber apreciarlos.

¿Qué era la profesión caballeresca? Nada menos que institución reconocida por la Iglesia y el Estado, elevada por la primera a Orden casi religiosa. No era propiamente tal, no hacían votos sus miembros como los hacían los de las Ordenes militares, pero estaban sometidos a promesas que hicieran ante el altar, y su reglamento estaba aprobado por los altos poderes eclesiásticos y seculares.

Su fin no podía ser más noble: servir a Dios y combatir por la Fe, servir al rey y combatir por la patria. Tener su dama y sostener el derecho de los débiles, viudas, huérfanos y doncellas. No abusar nunca de la ventaja de sus armas, guardar fidelidad a sus compañeros, y una vez hecha promesa de emprender una aventura, no quitarse las espuelas ni las armas sino para reposar de noche. Y si era caballero andante, ser en caminos y campos el íngel de los débiles y el terror de los malhechores. En una palabra: bajo el lema: mi alma a Dios, mi vida al rey, mi corazón a la dama, mi honor para mí, se escondía una profesión que había hecho bien en los días de una licencia peligrosa por despoblados y caminos.

A los siete años se era paje con algún señor castellano, adiestrándose en juegos de equitación y en instrucción religiosa. A los 14, doncel ya, recibía del sacerdote, al pie del altar, la espada y la banda con lo que quedaba consagrado a las armas. A los 21, se le hacía caballero con un ceremonial apropiado. Confesaba y comulgaba, oía misa, y al recibir la espada escuchaba de hinojos la lista de los deberes a que quedaba obligado. Es entonces cuando golpeándole en la espalda —el espaldarazo de rigor—, le decían: “En nombre del señor S. Miguel y Nuestra Señora te hacemos caballero”.

Una profesión así respondía a un ambiente y a unos quehaceres por demás reales, nada ficticios. Sus miembros tenían que distinguirse en el servicio de Dios y del rey, en tiempo de paz o de guerra. Claro que los Rolandos, los Amadises, los Durandartes hacía tiempo que habían desaparecido, pero los Pulgar, los Bayardos, los García Paredes, eran del tiempo de Iñigo de Loyola, y dos de sus hermanos, Juan y Beltrán, que murieron soldados en Nápoles habían sido testigos de las magnas gestas de los nombrados en último término. Un tercero, Hernando, se fué a América

Otro cuarto, según algunos, tomó parte en la conquista de Granada. Y aún hablan de uno más que habría sido capitán en los ejércitos de Hungría. Pertenece pues Iñigo a una familia no sólo de hidalgos valientes y emprendedores, sino de muy relacionados con la flor de la caballería de su tiempo.

Que Iñigo entendía la profesión en toda su antigua pureza, no cabe duda. Así la vivió no sólo en los años mozos durante su estancia en la corte o cerca de ella, entre tantos que fueron testigos de la epopeya de Granada, sino en toda su vida de soldado y de servidor de grandes señores, tal como Manrique de Lara. Y así también en su lecho de enfermo y convaleciente, cuando se entrega a Cristo, y quiere trasladar a la vida espiritual las maneras de caballería antigua. Observan bien sus biógrafos que aun después de convertido, tenía la cabeza llena de ideas de libros de caballerías, que los libros de Amadis de Gaula se la ocupaban por entero. Se echa ello de ver en la vela de armas de Montserrat que viene a continuación del episodio con el moro. Sólo así con estos supuestos, debemos acercarnos a la dramática aventura con el moro en los campos de Pedrola.

Veamos, pues, los juramentos que hacían los caballeros al pie del altar, porque hay en ellos ecos de lo que está ocurriendo entre el peregrino y la sombra del moro que se ha perdido en este momento en el poblado de Pedrola, y cuya vida está a punto de quedar sacrificada. Veamos a Iñigo apremiado por una serie de escrúpulos en su fe de caballero.

El primer artículo de dicha profesión —extracto de Gassier: "Historia de la caballería francesa" —decía, que el caballero "tenía que servir y reverenciar a Dios religiosamente y combatir por la fe con todas sus armas y morir antes que renunciar al cristianismo". No está mal; le apremiaba lo suyo, pues una creencia de la religión sacrosanta se había visto poco respetada en el altercado poco ha ocurrido.

Pero venía el artículo XVI que le ataba de pies a manos. Rezaba este: "En prosecución de sus aventuras, no dejará los pasos malos y peligrosos; ni, de miedo a encontrar caballeros poderosos o monstruosos o bestias salvajes u otros impedimentos, que el cuerpo o el coraje de un solo hombre pueda superar, se apartará del camino derecho".

Se ve enseguida, que este artículo se había escrito para circunstancias como estas suyas de ahora: "No se apartará del ca-

mino derecho". Si pues como está sucediendo ahora, se ha iniciado la aventura y puede continuarse o terminarse la misma, un alto en el cruce es obligado. El cruce de Pedrola en tal caso, no puede ser paliativo de una incuria o una cobardía, cambiando de curso al caballo y evitando así el lance. El cruce de Pedrola tiene que convertirse en un acto de decisión personal suprema. Sin reservas ni excusas, comprometiendo el ser entero de caballero, yéndose al "engagement" resueltamente. Y como si fuera ello poco, venía el artículo 25 que prescribía.

De vuelta a la corte, dará cuenta el caballero de cuanto le haya acontecido en sus aventuras, de modo que no oculte nada bochornoso so pena de degradación.

Antes, el artículo 19 le ordenaba "tener su dama y dedicarse a su servicio" sin que tengamos que recalcar lo que en el presente caso tenía de urgente aplicación este galán precepto. Iñigo sentíase injuriado al oír conceptos del moro sobre la virginidad de su Dama, lo que dentro de la mentalidad caballeresca era suficiente para echar mano a la daga. Si no se hizo así, fué seguramente por estar en un momento de posible reducción del infiel a la creencia de los cristianos. Pero una vez que el moro desaparece, algo escurridizamente por cierto, había que pensar en alcanzarle y liquidar el asunto.

¿Qué hace Iñigo entonces? Se pide cuentas de lo remiso que ha estado en la defensa de la honra de su Señora, en el cumplimiento de los deberes de su profesión y de su Fe. En presencia suya se había negado la alta prerrogativa de la virginidad de María, si bien no en forma de afrenta o de imprecación maldiciente, sino de mera discusión. ¿Bastaba ello para desafiar al adversario? Además, las vidas de los prójimos habían de respetarse, y no debía bien con un peregrino de Tierra Santa echar mano a las armas por cualquier disputa. Precipitarse a ellas en busca de solución era temerario. Iñigo sería fogoso pero también era reflexivo. Quería ser caballero pero a su modo, con las maneras reflexivas que le caracterizan.

¡Momento de frío dramatismo este del que depende la suerte de dos vidas y todo el peso histórico de la futura obra loyolea! Pues no se olvide que Iñigo es un mutilado de guerra y puede salir maltrecho de la refriega. Suelta pues en gesto ritual las riendas y se deja a las indicaciones de la Providencia. Que eso fué lo que hizo, o pretendió hacer cuando menos, al quedar a merced del animal, para que por su medio hablara el cielo, como era frecuente en la mentalidad de la edad media que, sin ideas claras

sobre la fijeza de las leyes naturales y creyendo que cada caso o fenómeno era de la inmediata dirección y ejecución de Dios, tomaba la voz de los elementos y de los seres irracionales como manifiestativa del cielo.

No rehuye la dificultad; acepta el "engagement", la acción de guerra con todas sus consecuencias; irá a la muerte si precisa; pero como no ve claro, se pone en el fiel de la balanza pendiente de la indicación celeste. Al obrar así, no queda comprometido su honor de caballero ni en entredicho su nombre ante los nobles de la corte.

Y la mula optó por seguir su camino real, sin divertir al poblado que tan próximo tenía y por el que naturalmente, viniendo del campo, había de mostrar preferencia.

Tal es el proceder de Iñigo, correcto según las leyes de caballerías, aunque éticamente poco justificable, porque era tentar a Dios. Nos lo van a decir con frase dura Castelar y Unamuno. Quienes, discurriendo en frío, fuera del contexto, hallarán temeraria, loca, la solución de confiarse al animal, e hijos de lamentable fanatismo los motivos para sacrificar al moro. Empecemos el capítulo de sus comentarios, haciéndolos preceder de unos de Calderón en la comedia antes mencionada de "El Gran Príncipe de Fez".

* * *

Refresquemos el relato: Al alejarse el musulmán le vienen ganas a Iñigo de ir no precisamente a matarle, sino a darle de puñaladas, dice el texto. Iñigo, en la comedia de Calderón, se corrige así:

...oye, aguarda,
 Que no es bien de mi se diga
 Que oí de María baldones
 Y no los vengué. Que siga
 Sus pasos, y a puñaladas
 Le mate, será acción digna.
 Pero, ¿dónde voy?, que ya
 No es tiempo de bazarías
 Y la milicia de Dios
 No es la pasada milicia.
 El volverá por su causa,
 Sin que sea yo homicida
 Haciendo que de su secta

Reyes crean algún día
 Que de aquel común tributo
 María y su Hijo se libran;
 Su hijo por naturaleza
 Y por la gracia María.

Es decir, que para Calderón el arrebato de Iñigo no llegó ni a un mal deseo sino que fué mera idea, y como tal es apreciada por el propio Iñigo aunque hubiera procedido a someter a prueba o examen su realización. Esta interpretación de Calderón sea tal vez la que mejor convenga no a la letra, pero sí al espíritu del pasaje. La letra dice que se pasó premeditadamente a un homicidio o apuñalamiento hipotéticos.

Castelar que entre otras cosas vino a protestar de la mentalidad medieval que se le antojó oscurantista, y que además era humanitario, enemigo de toda efusión de sangre, en un estudio "Ignacio de Loyola" que tuvo a bien escribir, hace literatura en torno al episodio que hemos tratado de reconstruir. Claro que, para su fantasía y sensibilidad de romántico, la escena se presta a altas teorías sobre la tolerancia religiosa y los respetos que se deben a la vida del prójimo. Después de narrar el incidente que ya conocemos, cuando Iñigo se puso a meditar qué camino había de tomar, comenta así enfático:

Si con nuestros mismos ojos no leyésemos estas líneas [las del relato del episodio según Rivadeneira, que nosotros ya conocemos], apenas podíamos darles crédito, creyéndonlas escritas por uno de los muchos adversarios sistemáticos e irreconciliables que tiene S. Ignacio entre los autores modernos. ¿Cómo? Cosa tan sagrada, cual los respetos debidos a la humana vida, depende, no de la propia conciencia, ni del propio albedrío, sino de los instintos ciegos y de los movimientos orgánicos de un pobre mulo. Por manera que si éste toma la senda espaciosa y fáeil, en vez de tomar, como suelen todas las alimañas montaraces la más agria y difícil, Ignacio asesina sin piedad a un semejante suyo y lleva toda la vida esta sombra en su alma y este deshonor en su nombre. La conciencia la razón, la voluntad, el íntimo albedrío, todo lo divino que Dios ha puesto en nosotros para iluminarnos y dirigirnos al bien supremo, nada importa en las obras mayo-

res de la vida, e importa mucho un accidente y caso tan externo y extraño como el andar mecánico de indeliberado e inconsciente, cual hoy se dice, de una pobre bestia. Sí, agradezcámosle al mulo inspirado su pacífica elección, porque, si no la tuviera, un crimen más, y crimen terrible, manchara la tierra de nuestros padres y una sombra más, y sombra espesa, oscureciera la vida de nuestro compatriota (6).

Castelar, una vez más, ha hecho honor a su fama de gran lírico. Es un entusiasta de Loyola, pero tiene que hacerle reproches en lo que se dejó llevar de un mal entendido celo, no estando a la altura de la mentalidad culta y de la ética de los tiempos modernos que saben ser comprensivos con las distintas religiones y confesiones. Mas olvida Castelar que Loyola se percató de su mal entendido celo, y lo declaró humildemente al redactar sus Memorias. La mula decidió, es cierto, lo que debió haber decidido antes su dueño; pero con gran alivio de la conciencia de quien la montaba, ya despierta, que no quería manejar sin más el arma homicida. Por lo demás Rivadeneira es ocasión para que incurra Castelar en varias inexactitudes: al decir que iba a matar al moro —la Autobiografía, más remirada en sus expresiones, sólo dice darle de puñaladas—; al hacer mulo lo que era mula —Rivadeneira usa siempre el término genérico de cabalgadura—; al suponer que la mula dejó el camino ancho y llano por donde había ido el moro para coger una senda tortuosa. No fué así. Siguió el camino real; lo que dejó fué un camino que llevaba al pueblo próximo, distante sólo cuarenta pasos, que efectivamente había de tentar al animal que venía de la soledad del campo. Pudiera ser, que para ser camino vecinal fuera ancho y ser todavía menos ancho que el real que siguió.

Unamuno, más sobrio pero también más facilitón y ordinario, nos dice en la "Vida de D. Quijote y Sancho":

Y quiso Dios iluminar a la cabalgadura; y "dejando el camino ancho y llano por do había ido el moro [copia a Rivadeneira], se fué por el que era más a propósito para Ignacio". Y ved, cómo se debe la Compañía de Jesús a la inspiración de una caballería (7).

(6) **La Revolución Religiosa**, IV. **Ignacio de Loyola**. Barcelona, 1883. p. 91-92.

(7) **Vida de D. Quijote y Sancho**, c. IV.

Después de haber entretenido al lector con las glosas de estos ingenios —Julio Alarcón, S. J., se encargará de divertirle no menos a costa de Castelar en torno a este mismo pasaje (8)—, traigamos aquí las palabras de la Autobiografía que sitúan la mal aconsejada duda de Loyola en su verdadero punto:

quiso, Nuestro Señor, anota dicha Autobiografía, que aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real (9).

Sabía, pues, Iñigo cuando dictaba, que Dios escribió derecho con renglones torcidos, y manifiesta que debió hacer caído en la cuenta de que no puede uno dejarse llevar de celos indiscretos. Rivadeneira, más explícito, advierte:

Y no es maravilla que un hombre acostumbrado a las armas y mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera es falsa, y como tal engaña a muchos, tuviese por afrenta suya y de menos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese a hablar en su presencia en deshonra de nuestra soberana señora. Este pensamiento al parecer piadoso puso en grande aprieto a nuestro nuevo soldado. Quiso la divina bondad que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas para bien de los que desean agradar, que la cabalgadura dejando el camino ancho por do había ido el moro, se fuese por el que era más a propósito para Ignacio (10).

Es decir, que Loyola y los que le rodeaban, al hablar de este episodio, sin tener que oír a los modernos, reconocían que se había jugado inconsideradamente con la vida del morisco. No es pues sólo de nuestros tiempos el humanismo ético. Y confiesan esos mismos antiguos que lo que cruzó entonces por la mente del peregrino fué una mala idea, que en ningún caso debió haberse puesto a merced de la cabalgadura; aunque, dentro de la mentalidad caballeresca y los exclusivismos religiosos del momento histórico, pudo llegar a ponerse. Tuve una mala idea, solemos decir en parecidas ocasiones, sin conceder que la intención haya pasa-

(8) **S. Ignacio de Loyola según Castelar.** Bilbao, 1892, XI-XII.

(9) Cf. nota 1.

(10) Cf. nota 2.

do siquiera a mal deseo. La Providencia actuó por lo demás en los caminos del pobre aprendiz de santo. Del que dice Rivadeneira muy humano:

Como Moisés cuando mató al egipcio, Iñigo como tierra inculta y poco labrada, daba señales, aunque viciosas, de su mucha fertilidad y de la fortaleza natural que tenía para cosas grandes (11).

* * *

Para terminar: Con salidas de tono o sin ellas, tenemos que en el episodio del musulmán la discusión ha de concretarse a la virginidad de la Virgen en el parto, aprendiendo una vez más el valor que para la historia tienen las fuentes primitivas, y enriqueciendo la biografía del Santo con lo que fué el verdadero diálogo de los dos caminantes, inspirado en el Corán. Tenemos también que el mundo de la caballería, con su profesión y ceremonial, ilumina el momento de perplejidad del peregrino en la encrucijada de Pedrola, liberando a éste de la censura de mente perturbada o alborotada. Sin justificar por supuesto el hipotético homicidio o apuñalamiento, pero explicándolos hasta cierto punto en el contexto profesional.

El código de caballería y el Corán, una gran institución y una religión, proyectan, pues, sus luces y sombras en el cabalgar de un cristiano y un moro que, orillas del Ebro y cercanías de Pedrola, turbaron con su discusión, un día de mediados de marzo de 1522, la tranquila soledad de la campiña aragonesa.

(11) **Ibidem.**